



Eucaristía de votos perpetuos en el Instituto Ignis Ardens

*Capilla de Ntra. Sra. de Covadonga del Maigó
Sábado 30 de mayo de 2020*

Querido Sr. Obispo, D. Rafael; sacerdotes concelebrantes; hermanos y hermanas, especialmente las consagradas al Señor en “Ignis Ardens”. Hermana Estíbaliz:

Al emitir tus votos perpetuos te vas a unir, todavía más, a esta entrañable familia que es el Instituto Secular Ignis Ardens. La llama que Dios encendió en nuestra hermana Antonia, y que se pero pagó a las que hoy son la obra por ella fundada, pediremos que sea realidad perpetua en ti, Estíbaliz, según la respuesta que has dado a mi pregunta: ¿qué pides a Dios y a su Santa Iglesia?; diciendo: “Servir a Jesucristo en el Instituto Ignis Ardens todos los días de mi vida”.

Agradece, profundamente, que podamos celebrar esta emisión de tus votos perpetuos en este claro de luz que nos va ofreciendo la Providencia tras la tormenta, aún viva en sí y en sus implicaciones y consecuencias, de la pandemia que asola el mundo; y además en esta víspera radiante de Pentecostés. Pentecostés que de modo singular configura e ilumina vuestro Instituto, hasta en el mismo nombre y en su simbología. Pentecostés que es para todos nosotros, hijos de la Iglesia, la gran fiesta es la que ésta nació y que culmina –llena de plenitud- el tiempo pascual por el cumplimiento de la gran promesa de Jesús, el don del Espíritu Santo.

Pentecostés es tan grande; es tan extraordinario lo que aquel día hizo el Señor, y lo que, desde aquel día por la acción del Espíritu Santo, sigue realizando, que es bien difícil escoger un aspecto, destacar una dimensión, de tan gran y decisivo acontecimiento.

Acogiéndonos a la Palabra de Dios que ha sido proclamada hace unos momentos, vale destacar cómo el Espíritu Santo hace que comprendamos a Jesús, que seamos conducidos hacia la verdad plena. Sobre Él. Así hemos oído afirmar a S. Pablo en su primera carta a los Corintios: “Nadie puede decir: “Jesús es Señor”, sino por el Espíritu Santo”, (1Cor 12, 3b). El Espíritu hace que nos sintamos hijos, lo que realmente somos, y que jamás nos sintamos solos no abandonados por el padre. Cuántas cosas nos regala Dios Padre por la promesa de Jesús en el Espíritu Santo: la fe, la experiencia de su compañía, de su amor, mantener encendida la esperanza por difíciles que sean las circunstancias que podamos atravesar (como estos tiempos de pandemia), y tener vivo el amor, hecho caridad comprometida. El Espíritu nos transforma, como hizo con los apóstoles aquel día; haciendo posible que de un grupo lleno de limitaciones pudiera surgir una nueva historia, un pueblo nuevo, que es la Iglesia.

Desde entonces el Espíritu Santo hace realidad la obra salvadora de Jesús en ella; la sostiene y despierta. Una Iglesia que sigue formada por personas débiles y pecadoras. ¿Cómo puede haber aguantado dos mil años una institución no mejor en sus miembros que los que suelen venir? La gran explicación, cuando en dos mil años han subido y bajado pensadores, sistemas, poderes, filosofías de todas clases y maneras, sólo se da por

el Espíritu que la mantiene viva y la hace eterna, la hace de Dios, y la hace que sea santa, a pesar de ser constantemente, en nosotros, pecadora.

Un pueblo nuevo, la Iglesia, obra del Espíritu Santo, quien puede crear en cada uno de nosotros, por el perdón, un corazón nuevo. Así lo acabamos de oír en el Evangelio: El Señor resucitado en su primer encuentro con los suyos les dice: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan personados...” (Jn 20, 22 y 23). Como nos recuerda Papa Francisco comentando este texto: “El Espíritu es el primer don del Resucitado y se da en primer lugar para perdonar pecados. Este es el comienzo de la Iglesia...el cemento que une los ladrillos de la casa: el perdón. Porque el perdón es el don por excelencia, es el amor más grande, el que mantiene unidos a pesar de todo...El perdón libera el corazón y le permite recomenzar: el perdón da esperanza, sin perdón no se construye la Iglesia... -y concluye el Papa- Pidámoslo al Espíritu Santo, fuego de amor que arde en la Iglesia” (4-6-2017).

En esta Iglesia, hermana Estibaliz, hermanas de Ignis Ardens, sed luz que nos recuerda que Él sigue entre nosotros; sed la luz de las vírgenes prudentes que mantiene la espera del esposo que llega. Sed desposados con Cristo en pobreza, castidad y obediencia; un signo en medio de este mundo actual tan frágil (como nos ha demostrado la pandemia), y que pasa con tanta fugacidad. Y sed, en medio de la Santa Iglesia, un signo vivo de la fidelidad constante del Señor.

Votos perpetuos, constancia, fidelidad; importantes y grandes palabras en boca de seres frágiles que necesitamos, constantemente, el apoyo de la Gracia, de la Misericordia de Dios; es por ello que todos, Estibaliz, te vamos acompañar con la oración, especialmente significada en las Letanías de los santos y, sobre todo, en la Eucaristía, para que el Señor por su Espíritu Santo te sostenga, para que la palabra que vas a dar perdure toda tu vida, sostenida por su gracia, para siempre.

Estamos concluyendo el mes de la Virgen. Ella acogió, como nadie, la presencia y la acción del Espíritu Santo. Ella estaba con los discípulos en Pentecostés. Ella es madre de Dios, madre nuestra, madre de la Iglesia. Que interceda por ti, que sea tu modelo, que te apoyes siempre en su amor y su amparo. Ella obtenga de su Hijo, que su culmine en ti la obra que su amor en ti ha comenzado. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.